

NOTAS

IN MEMORIAM

GONZALO FERNÁNDEZ DE LA MORA

Sí, es verdad, *ultima necat*. Así rubricó el último capítulo de su libro de memorias, verdaderamente ejemplar por la inteligencia de la composición y la tersura del estilo, que le dio el Premio Espejo de España de 1995. En el que evoca comprometidamente tres cuartas partes del siglo XX español al remontar —*Río arriba* es el título— el curso de su vida. Y en el que, al final, cuenta la experiencia del infarto sufrido en 1988 y deja entrever públicamente la intensidad con que —al menos desde entonces— vive la presencia próxima de la muerte y la infelicidad de su razón ante las ultimidades. Estoico en su fondo último, a ese impulso obedecen sus dos últimos libros, en los que deslumbra su estatura de pensador cabal, de filósofo, *El hombre en desazón* (1997) y *Sobre la felicidad* (2001). Como ese estoicismo fundamental de razón venía tamizado por un vigoroso cristianismo de tradición, hecho propio, es de confiar en que la hora veinticinco que se le acaba de abrir sea la del encuentro amoroso con el Dios Creador y Redentor que es Jesucristo, Nuestro Señor.

Gonzalo Fernández de la Mora pasa a la historia de España como uno de los pensadores políticos más agudos y rigurosos de nuestro tiempo. No por desmerecer su quehacer político, brillante aunque limitado en el tiempo, principalmente durante el último decenio del régimen del General Franco, al que —procedente del campo de Don Juan de Borbón— sirvió con más entusiasmo tras su muerte que en su vida, en un signo al que no han sido ajenas algunas de las inteligencias más conspicuas y auténticas del conservatismo y aun del tradicionalismo. Significativo ministro de Obras Públicas de un Estado que él mismo caracterizaría precisamente como *El Estado de obras* (1976), hasta entonces su *cursus honorum* fue el de su carrera diplomática, incluyendo la subsecretaría del Ministerio de Asuntos Exteriores y, más tarde, ya de vuelta, la dirección de la Escuela Diplomática. De los fundadores de Alianza Popular, y diputado en las Cortes que elaboraron la Constitución de 1978, votó negativamente a la misma para terminar, pronto, desligado de la organización.

Tampoco es por hacer de menos a su labor de crítico, tan destacada en las páginas de *ABC* entre los años 1964 y 1970, que dio lugar a siete volúmenes bajo el título *Pensamiento español*. Y prolongada después de 1983 en *Razón Española*, revista bimestral de pensamiento por él fundada y dirigida, y en la que puede decirse que hacía de todo: programar los números, solicitar las colaboraciones, pulir los originales, revisar las crónicas, y redactar de su pluma una parte importante de sus páginas, fueran estudios, notas o noticias bibliográficas. El último número, el 111, correspondiente a los meses de enero y febrero del año corriente, es buena prueba de lo anterior, pues con su firma o con distintos pseudónimos su estilo inconfundible se distingue por doquier. Si sumamos, entre otros textos, su libro sobre Ortega (1961), su opúsculo sobre d'Ors (1981) y su libro sobre los filósofos españoles del siglo XX (1987), son en total varios miles de páginas que consagró a la tarea crítica, despreciada en España en los ámbitos académicos y que él prodigó con gran generosidad y acribia. Los últimos años, un tanto desengañado con el rumbo de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, de la que era activísimo miembro, y a la que acababa de donar los fondos cuantiosos y valiosos de su biblioteca, los dedicó sobre todo a la empresa de *Razón Española*, fomentando vocaciones entre jóvenes investigadores y animando un hogar intelectual del conservatismo.

Pero decía que es como pensador político original donde Fernández de la Mora destaca sobre todo lo demás. Desde *El crepúsculo de las ideologías* (1965), hasta *Los errores del cambio* (1986), pasando por *Del Estado ideal al Estado de razón* (1972), *La partidocracia* (1977), *La envidia igualitaria* (1984) y *Los teóricos izquierdistas de la democracia orgánica* (1985), una buena parte de sus afanes ha quedado para la reflexión racional y científica sobre la convivencia del hombre en sociedad. Son tesis atrevidas —por mi parte diré que no siempre compartidas, sobre todo las que incorporan la *pars construens* de su sistema, más allá de la *pars destruens* crítica de las escuelas dominantes, y con las que alcanzo perfecto acuerdo—, expuestas rigurosamente y con una brillantez desusada en la academia hispana, las que han ido articulando una concepción realista e instrumental del Estado (y de la Constitución por ende), convertidos por lo mismo en esencialmente relativos, ajena a la matriz ideológica, crítica de sus versiones democrática y socialista, y en particular de la cerrada oligarquía que la partidocracia maquilla pero no alcanza a esconder, así como del igualitarismo asentado sobre la envidia que está en la base del izquierdismo. Pero afirmativa también, desde un liberalismo elitista, de un poder limitado y de una participación fundada sobre los intereses reales, esto es, una «democracia orgánica». Tesis, por cierto, y a su juicio, de honda raigambre krausista —aunque, por otro lado, también tradicionalista—, hasta el punto de que el término lo acuñó en 1916 el socialista Fernando de los Ríos. Con ocasión de su septuagésimo aniversario, noventa estudiosos, amigos y discípulos le dedicaron

un volumen de más de seiscientas apretadas páginas, *Razonalismo* (1995), donde se analiza detenidamente su vida, ideas y estilo. Allí habrá de acudirse para ahondar en las vetas riquísimas de su altivo pensamiento.

Gonzalo Fernández de la Mora, marginado de la cultura oficial y de la política dominante, estaba en plena forma. Física e intelectual. Acababa de dar a la estampa su libro, antes aludido, sobre la felicidad, y seguía contra viento y marea con *Razón Española*, en la que es difícil, tanto como deseable, tenga continuador. El jueves hablamos por teléfono largamente y tenía, como siempre, la voz jovial y la curiosidad intelectual a flor de piel. Hablamos, como siempre, de lo divino y lo humano. Y también de lo concreto: libros, reseñas, presentaciones, seminarios, amigos... Un día, a la salida de un homenaje a un hombre de su generación, maestro del pensamiento tradicional, y que yo había promovido, me espetó entre solemne, cariñoso, amenazante y entristecido: ¡cuántas herencias van a caer sobre ti! Ese es el problema de la España tradicional, que los mejores se están yendo, casi ya se han ido, y detrás...

MIGUEL AYUSO

